

UN PALCO DEL REAL.

COMEDIA EN UN ACTO,

DE JULES LECOMTE.

Y

arreglada del francés,

POR

DIODORO. (pseud.)

*Diodoro Tejada y Alonso
= = = = =
Martinez*



MADRID.

Imp. de D. A. Santa Coloma, Dos Hermanas, 19, bajo.

1865.

UN PALCO DEL REAL.

À LOS LECTORES.

No admitido este arreglo por la Empresa del teatro del Príncipe, y aceptado por el Director del de Variedades, en cuyo poder ha permanecido más de un año, á consecuencia de haber manifestado el Señor Romea (D. J.) algun entusiasmo hácia este primer trabajo, dándome palabra de ponerle en escena, «aunque el reparto era difícil»; me ha sido devuelto y rechazado por dicho artista, á causa de habersele presentado otra traduccion de la misma pieza, acompañada de una fuerte recomendacion.

(Abramos un paréntesis, y sin deducir de él ninguna consecuencia, digamos con tristeza, pero con viva fé: ¡miserias y flaquezas de los grandes hombres!)

No teniendo más amparo que un puñado de plata, y éste pequeño, he resuelto arrojarle en la gaveta de un impresor, para correr á un desengaño tercero; á la decepcion número tres.—¿Cuál es este número tres?—Lector, dispénsame; pero no reza contigo, supuesto que has comprado un ejemplar, que es el secreto de ese número.

VALE.

UN PALCO DEL REAL.

COMEDIA EN UN ACTO,

DE JULES LECOMTE.

Y

arreglada del francés,

POR

DIODORO.



MADRID.

Imp. de D. A. Santa Coloma, Dos Hermanas, 19, bajo.

1865.

PERSONAJES.

LUISA DE LIRIA.

ENRIQUE GUEVARA.

RICARDO AGUILAR.

CELESTINA, DONCELLA DE LUISA.

UN CRIADO.

Todos los derechos reservados.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

La escena en Madrid el año de 186...

Un elegante gabinete.—Puertas á derecha é izquierda.—En medio del fondo una chimenea encendida: encima un reloj, vasos, un timbre y un periódico.—A la derecha de la chimenea un sofá; á la izquierda, en frente del sofá, un confidente, antes del cual hay un velador con una lámpara encendida, libros y un album.—A la derecha, en la pared, un piano en primer término.—A la izquierda, también recostado en la pared, un canapé, que tendrá encima un vestido de baile: antes de este canapé un lavabo con espejo.—A la izquierda en el fondo un mueble pequeño con una caja encima.

ESCENA PRIMERA.

LUISA, *sola.*

(*Al levantarse el telon, Luisa aparece sentada al piano, vestida elegantemente; termina el trozo que tocaba por tumultuosos acordes y una furiosa gama, y despues mira al reloj.*)

LUISA. Las ocho y media: en este momento empezará la sinfonía de *Norma*. El teatro Real se llenará poco á poco de gente *comm' il faut* para aplaudir á la hechicera *La Grange* en esta noche de su beneficio, y para devorar ávidos las notas

del *perdon*, cantado por el inimitable *Bettini!*...
Y yo aquí sola, sin saber qué hacer de mí, ni del tiempo; de ese tiempo que procuramos matar, y que es él el que nos mata! (Levantándose.)
Y mi tía empeñada en que habia de escoger uno de entre mis adoradores para esposo, y esta noche concederle mi brazo para ir al Real. ¿No podria seguir siendo viuda, y concederme un entreacto más largo entre un marido y otro? ¡Cál! Mi tía está empeñada en que acabe! Acabar, con qué?... Con una libertad de que hago el mejor uso? Desesperar á media docena de los que esperan, todos encantadores... por qué esperan! Aceptar esta noche el brazo de aquel á quien otorgue esta mano, que lleva 25,000 duros de renta. No! me irrité con mi tía, regalé mi palco, y la dije no tenia lugar la manifestacion pedida; que, en fin, me abstenia. (Mira hácia el velador.) Elegir... pronto se dice; pero hacer buenas elecciones ¡ya, ya! (Se sienta en una butaca á la derecha del velador, toma un album y le abre.)

Hay en este album, entre nuestras celebridades de peseta, cuatro hombres y un general que me aman con iguales derechos. El conde Carrion, un *sportman*... ¡Bá! No quiero otro marido que corra con su chaqueta y gorra de color de cereza por ganar un premio de dos ó cuatro mil reales. Ricardito Aguilar... el más encarnizado en la persecucion .. un ambicioso que quiere una mujer rica... para ser rico y para poder ser Diputado, Ministro, Embajador... qué sé yo!... No me conviene. (Conmovida.) Enrique Guevara... en éste no hay qué pensar desgraciadamente! El conde de Rio-caliente, general

y protegido de mi tia. Para casado es quizá el más á propósito de los que en la mano tengo (Mirando el retrato.) Si no fuera tan feo! En China le colocarian en primera fila para asustar al enemigo (Deja el album, se levanta, toca el timbre y vuelve.) Y pensar que pronto iria al final del primer acto... que haria ruido... escandalizaria... y me sentaria bajo el fuego cruzado de una docena de gemelos... Qué divertido y de buen tono! (Mira al vestido que está encima del canapé.) Este vestido que tanto me gustaba, y que iba á estrenar hoy, me ataca los nervios. (Sube á la chimenea y vuelve á llamar.)

ESCENA II.

LUISA y CELESTINA.

CEL. Llama V., señora?

LUISA. Y no vienes: quita de ahí ese vestido que pensaba ponerme esta noche por primera vez...

CEL. (Aparte y sin tocar al vestido.) Y por última.

LUISA. Qué bien hace este terciopelo color de cereza sobre este blanco! Hubiera puesto en mis cabellos una guirnalda... bastante inesperada

CEL. Seria invencion, señora, que haria la fortuna de una modista, y que su cuñada de V. se apresuraria á copiar, como lo ha hecho con la última en casa del general.

LUISA. Sí, Clara se precia de ser mi rival en todas mis cosas.

CEL. Hasta en viudez.

LUISA. Me arrebatas mis adornos, mis abastecedores, mis relaciones...

- CEL. Si yo estuviera en el lugar de V., aunque me robara á D. Ricardo, no daría parte á Briones.
- LUISA. Me parece que Ricardo te es antipático, eh?
- CEL. No! Hay como él en Madrid una coleccion de señoritos, que fuman en la Castellana... be-
gueros de peseta, como ellos dicen, y que so-
corren á los pobres con un cuarto! Ricardo solo
es generoso en humo. El mismo confiesa que
fumaba á los diez años: le habrán destetado
con un cigarro!
- LUISA. Celestina!... Vamos, llévate eso.
- CEL. No vá V. á vestirse aquí? porque esta habita-
cion está más abrigada que el tocador.
- LUISA. No has comprendido que no salgo esta noche?
- CEL. No la toca á V. el abono del Real?
- LUISA. Sí, pero no voy; he regalado el palco.
- CEL. Y esta noche murmurarán que está V. enfadada.
- LUISA. (Animada.) Enfadada... no, porque he hecho
bien! Y ahora que ha llegado la hora...
- CEL. Se arrepiente V. Pero por qué no ir con su
cuñada?
- LUISA. Oh! estoy segura que estará contentísima por
no verme en la funcion, y por gozar en paz de
mi guirnalda y... pretendientes.
- CEL. Pero quizá hubiera V. encontrado otro palco,
dirigiéndose á alguno de ellos!
- LUISA. A cuál? Al general? Imposible: por culpa suya
me quedo en casa. No quedaba más que
Aguilar...
- CEL. Ese es un prestamista usurero en toda regla:
no da nada sin interés.
- LUISA. Empiezo á inquietarme, porque sabiendo que
habia regalado mi palco, ha prometido revol-
ver el cielo y la tierra...

CEL. Le bastaría revolver algunos napoleones.

LUISA. Y en una noche como esta piensas en eso! (Pasa á la izquierda.)

ESCENA III.

DICHAS *y un criado.*

CRIA. (Viniendo por la derecha y hácia Celestina.) Celestina?

CEL. (Dirigiéndose á él y mirando á Luisa.) Qué?

CRIA. Una carta para la señora.

LUISA. Dámela. (El criado da la carta y se retira.)

ESCENA IV.

LUISA *y CELESTINA.*

LUISA. Veamos la carta (Leyendo con emocion.) «Enrique Guevara» Enrique ha vuelto? Cuándo? La carta no está cerrada.

CEL. La habrá traído él mismo.

LUISA. Si hubiera venido esta noche, hubiera sido una buena inspiracion. Creerá que estoy en el Real, ó mi cuñada se le habrá llevado. (Sentándose en el confidente.) Querido Enrique! Qué buenas noches hemos pasado juntos este invierno, durante mi luto... El sentado ahí al lado del fuego, en ese sofá... y yo aquí en este confidente, con toda comodidad. En completa *negligé*... porque es muy cómodo recibir á un ciego.

CEL. Ya lo creo! Pero cómo se quedó ciego D. Enrique? Qué fastidio para un pintor! (Pasa á la izquierda.) Era buen pintor?

LUISA. Buen pintor? Dí mas bien una celebridad, una verdadera celebridad. Estaba en visperas de ser académico de San Fernando, cuando hace dos

años, el deseo de estudiar una naturaleza... más natural que la de la Casa de Campo y el Retiro, le hizo partir al alto Egipto. Allí, no sé como sucedió, porque nunca me he atrevido á preguntárselo. . se quedó ciego!

CEL. Qué lástima! Y no pudiendo pintar se ha hecho filarmónico?

LUISA. Mi tia, que conocia lo que le agradaba, algunas veces le invitaba á venir á nuestro palco. Allí estaba escuchando detrás de nosotras, hablando en los entreactos, y haciéndome apreciar poco á poco su elevada inteligencia y la bondad de su corazon. Cuántas cosas he aprendido así, durante nuestras conversaciones, respecto al mundo, á las letras y á las artes! Cómo sabia, bajo una ingeniosa, variada y aun divertida forma, enseñarme lo que en mi mundano torbellino no habia tenido nunca el tiempo ó talento de observar. (*Suspirando.*) Ay! qué dichosa es Clara!

CEL. Y nunca la ha visto á V. D. Enrique? Lo que se llama visto?

LUISA. No: no tuve ocasion de conocerle hasta despues de su desgraciado viaje á Egipto, así es que pierdo con él parte de mis ventajas, porque, sin coquetería, me parece que es más agradable verme, que oirme.

CEL. Es V. muy modesta para con su talento, además que el Sr. Guevara, como pintor, debe tener pintado el retrato de V. en su imaginacion.

LUISA. Está ya tomada la plaza.

CEL. Entonces, por qué no se casa con él su cuñada de V.? Un marido que ama con los ojos cerrados debe ser algunas veces muy divertido.

LUISA. (Enseñando su retrato.) Guevara tiene los ojos bien abiertos.

CEL. (Mirando.) Sí... pero si no ve, como sinó.

LUISA. (Se levanta y se dirige á la chimenea.) Además, quién sabe si Clara se casará con él. (Pensativa.) Y qué cariño tiene á mi hijo Alberto!

CEL. Hay en él algo para la madre!

LUISA. (Mirándose al espejo.) Para un marido que no pueda verme... como si fuera fea! (Toma un periódico de encima la chimenea, y le recorre sentada en el sofá.) "Guerra de Santo Domingo: Dicese que el Gobierno opina por el abandono de esta isla...," "Ha sido restituido al Tesoro, por un anónimo, la suma de siete reales y trece céntimos...," (Con espresion.) Uf! no!... no me quedo aquí esta noche! (Deja el periódico en la chimenea.) Ah! una inspiracion. (Se levanta)

Celestina, búscame un vestido, un velo bien espeso y el abrigo de terciopelo.

CEL. Va V. á salir?

LUISA. Sí, quiero distraerme; tú me acompañarás. Durante el dia no se puede salir, ni una se atreve á detenerse en la puerta del Sol, Carrera de San Gerónimo... están apestadas de pollos callejeros, que desvergonzadamente te miran hasta tocar nariz con nariz, lanzándote el humo abominable de su cigarro de tres cuartos... eso sin contar con que una señora de mi posicion no debe ir á pié. Siempre el coche, cochero, lacayo... siempre espías! Qué desgraciadas somos las mujeres ricas. Pero, bá! esta noche me disfrazo, y me voy de tiendas á la calle de Espoz y Mina y á la del Cármen, y aunque no compre nada, al menos me distraeré. (Se oye la campanilla.)

GEL. Lllaman!... Si fuera D. Enrique Guevaral

LUISA. Llegaria á tiempo!

ESCENA V.

LUISA, CELESTINA, el CRIADO, *despues* RICARDO.

CRIA. (Entrando por la derecha.) D. Ricardo Aguilar pregunta si la señora quiere recibirle.

LUISA. Que pase. (El criado sale.) Viene á anunciarme un poco tarde, que no ha podido encontrar un palco. (Á Ricardo, que entra sofocado.) Cómo por aquí y á estas horas? Le creia á V. en el Real.

RIC. Uf! no puedo más... me ahogo...

LUISA. Qué tiene V.? Una síncope? Quiere V. un vaso de agua?

RIC. No ; mil gracias.

LUISA. Apenas puede V. respirar.

RIC. Ah! cuando sepa V.!

LUISA. El qué?

RIC. (Con importancia.) Esta tarde me dije: Ricardo, es preciso que Luisita se halle esta noche en el Real, en medio de todas las elegancias de Madrid; es necesario que te lo deba... y que salgas vencedor de un combate, cuyo premio es... Himeneo!

LUISA. (Aparte.) Cómo Himeneo? Sabrá?...

RIC. Sí, me dije, que sea ella la brillante estrella de esta funcion! Que ella sea la reina de ese centro donde se reunen los elegantes *toilettes*... los mirones de frac y corbata blanca... la armoniosa orquesta, el brillante lujo... los ministros en su palco y sus secretarios.

LUISA. Debe ser de un efecto soberbio! Pero, me parece que V. se ocupa de las oficinas con demasiada frecuencia.

RIC. Yo? nada absolutamente. La esperanza de agrandar á V. es la que me ha dado un valor, un ardor!... (Con fuerza.) Señora, en mí tiene V. al Cid y á Quevedo fundidos y condensados.

LUISA. Todo eso! Voy á escuchar alguna historia de travesuras y desaffos? (Hace una seña á Celestina para que salga, y se sienta en el confidente, donde se pone á bordar.) Sosiéguese V. un poco.

RIC. (Familiarmente.) Poco despues de separarnos, lo primero que hice, y muy bien pensado, fué ir al Casino para ver si entre los diversos abonados al Real, encontraba uno á quien pudiera arrebatarle sutilmente un palco. Para esto bastaba con un poco de génio maquiavélico.

LUISA. (Riendo.) Pues ya es algo! (Se oye la campanilla.) Pero abra V. un paréntesis, Ricardo, que yo sepa...

ESCENA VI.

LUISA, RICARDO y EL CRIADO.

CRIA. (Puerta de la derecha.) El señor Conde Carrion...

RIC. (Aparte apoyado de espaldas en la chimenea.) Uno de mis rivales!

CRIA. Que no viendo á V. en el Real, viene personalmente á preguntar si la señora está indispueta.

LUISA. Dá las gracias al señor Conde, y dile que me he quedado en casa.,. porque tengo jaqueca. (Sale el criado.)

RIC. (Aparte.) El Conde despedido, yo aquí... Magnífico! (Alto.) Esa comun escusa, jaqueca... que no tiene V... Creia que Carrion era más favorecido. Habrá perdido el *sportman*?

LUISA. (Tristemente.) Ay! tambien mi marido era un *sportman*.

RIC. (Sentándose en el sofá.) Es verdad; le perdió V. de una manera... muy singular.

LUISA. Diga V. muy triste!

RIC. Murió de... inanición?

LUISA. Sí... se dejaba enflaquecer para luchar en ligereza y transparencia con el Jokey, con quien debia correr en la Casa de Campo, cuando alarmada por semejante demencia, hice llamar á los médicos... era muy tarde!

RIC. Sí, su marido de V. no pesaba más que 74 libras... (Pausa.) Quizá era demasiado para correr... pero no era bastante para vivir.

LUISA. Si supieran las solteras lo felices que son en su estado, no procurarian casarse con tanto afán.

RIC. Es que el matrimonio... es el único medio para llegar á ser viuda.

LUISA. Efectivamente. Pero y el palco?

RIC. (Levantándose.) Corro al Casino, y el primero á quien encuentro es al baron de Ormilla abonado perpétuo del palco *número tres*. Conoce V. al *número tres*?

LUISA. Ya lo creo!

RIC. «A propósito, *mio caro*, le dijo descaradamente, conoce V. al hijo del Embajador francés? Hoy ha llegado á Madrid.» Al oír esto el baron palideció. «Sí, repuse, esta noche irá al Real... precisamente al palco de al lado.» Esta noticia agitó fuertemente á Ormilla.

LUISA. Por qué?

RIC. No lo sabe V.? Hace años era una rivalidad, una competencia entre ambos, con motivo de

la hermosa Laura, que ofreció su mano al que ganara una carrera, carrera ganada por el baron por solo una cabeza de caballo.

LUISA. Y esa cabeza?...

RIC. Esa cabeza, el baron tiene naturalmente que defenderla contra quien llegó el segundo á la pista del casamiento. Comprende V. pues, que Ormilla asustado de la vecindad, al momento ha renunciado al palco...

LUISA. Veo...

RIC. Y que la disculpa que ha dado á su esposa, ha sido una comida improvisada con no sé qué pretexto... caza recibida... en fin, no importa cuál. En el instante invitó á Rio-caliente... al viejo Rio-caliente que se hallaba allí!

LUISA. El general no tiene más que cincuenta años!

RIC. Cincuenta?... Posible será. *(Aparte bajando á la derecha.)* En la hoja de servicios le cuentan por duplicado.

LUISA. Acabemos de una vez! Ese palco?

RIC. Pues bien! Ese palco... me dijo el baron... *(Con énfasis.)* me dijo que le ofreciera de mi parte á la señora de Liria.

LUISA. *(Dejando el bordado y levantándose.)* Cómo, le tiene usted? *(Se dirige á él.)* A ver?

RIC. *(Colocándole en el fondo del sombrero, y presentándole como una bandeja.)* Véale V.! Seis asientos; tres para su vestido y miriñaque... uno para V. misma... los otros dos para mi sombrero y para mí... si no molestan.

LUISA. Querido Ricardo, es V. delicioso, muy delicioso.

RIC. *(Encantado.)* Mil gracias!

LUISA. Pero qué dirá el parisien, que esperará ver en este palco á la baronesa?

- RIC.** (Con importancia.) Eh? no ha adivinado V.?.. maquiavelismo... (Riendo.) No se ha movido de París.
- LUISA.** Como?... Esto más que de Maquiavelo es propio de Hermann.
- RIC.** (Con fatuidad.) Hermann?... Es muy posible. Hasta dónde me elevaría yo, señora, si fuera ayudado, animado! *Quo non ascendam*, como decia un filósofo antiguo ó moderno... que no lo sé fijamente!
- LUISA.** (Aparte pasando á la izquierda mientras que Ricardo se arregla los puños con aire vencedor.) Pero qué pensará de esto mía? Supondrá que arrepentida de mi negativa de ayer, he hecho una eleccion, y que esa eleccion ha recaido sobre... Oh! no: es imposible! Pero no pensemos más que en divertirnos esta noche y hacer rabiár á Clara... Ya es hora de empezar á vestirme (Alto.) Caballero, le estoy muy reconocida por...
- RIC.** Oh! no hay de qué señora: el honor de acompañarla es una recompensa... un favor bien precioso... sobre todo en estos momentos... en que la atencion del gabinete está fija en mi persona...
- LUISA.** Pues cómo?
- RIC.** Ahora ya puedo decírselo á V... Voy á ser nombrado vice-Consul... para empezar.
- LUISA.** Vice-Consul? Estoy encantada... pero no! Desconsolada... puesto que le perderemos á V.!
- RIC.** (Con insinuacion.) Si V. me pierde, es por su gusto; porque la seria muy fácil...
- LUISA.** Abandonar Madrid por Faro... ó Tanger?
- RIC.** Faro? Puesto en camino por el encanto y brillo de una mujer como V. no estaria mucho tiempo en ese punto. Llegaría á todo por agradarla... Vamos! Cómo querria V. estar?

LUISA. Querria estar... vestida para ir al Real.

RIC. Sí... pero despues?

LUISA. Querria estar de Mariscal de Campo!

RIC. Para eso, declaro que no puedo nada. Entré en quintas el año 53, y tuve un mal número; compré un hombre que fué herido en Madrid el 54... Hé ahí mi hoja de servicios!

LUISA. Y no tiene V. cruces?

RIC. Una... Pero si quiere V. ser Cónsula, cuente conmigo. Un consulado es un vireinato.

LUISA. Confieso que me gustará mucho no alejarme de la Fuente Castellana y del Real.

RIC. Entonces entro en las oficinas de Palacio, aconsejo... aconsejamos al Estado; porque será V. la mitad en todo lo que haga... Prefiere usted?...

LUISA. Vestirme sí! (Se dirige al fondo.)

RIC. (Deteniéndola) Vamos, hablemos seriamente. Una mujer como V. debe hacer de su marido cuanto quiera, Diputado, Embajador...

LUISA. (Avanzando y haciéndole retroceder hácia la puerta.) D. Ricardo, me ha traído V. el palco para que me aproveche de él, según creo? Entonces permítame V... Y si puedo serle útil en cambio del placer que me proporciona crea V. que...

RIC. (Con arrojo.) Acepta V. mi mano?

LUISA. Acepto su brazo.

RIC. Esto es ya empezar; porque, en fin, dá usted pábulo á las suposiciones...

LUISA. De Diputado y Embajador? Bien, sí. Y si esta comedia muda puede servir á su ambicion, no lo sentiré; pero no pierda V. ni un momento; porque no me presto á la ilusion más que por esta noche!

- RIC. Esta noche!... Qué poco es! Yo que amo á usted sin cálculo... porque si calculase y no soñara más que en hacer fortuna podría...
- LUISA. Tendré una rival? Serà V. amado D. Ricardo?
- RIC. Bá!... Eso dicen.
- LUISA. (Como recordando.) En efecto, me parece haber oido decir... si: la viuda de un fabricante...
- RIC. Un químico, señora!
- LUISA. No; no es eso lo que me han dicho.
- RIC. Un químico de primer orden... que ha sabido arrancar á la naturaleza uno de sus secretos, combinando el ácido carbónico... con el hidrociorato de sódio y el... carbonato de magnesia!
- LUISA. Eso es, sí! un fabricante de agua gaseosa!
- RIC. Ya vé V... Pues bien! Por V. sacrificio esa viuda científica con sus dos millones!
- LUISA. Y sus cuarenta y cinco años!
- RIC. (Con sentimiento.) La sacrificaría aun más!
- LUISA. Lo creo!
- RIC. No la he sacrificado ya...
- LUISA. Una pasión profunda... si... el cigarro!...
- RIC. (Con fuerza.) No se ría V. El cigarro, señora... Sabe V. lo que es un cigarro?
- LUISA. Casi estamos obligadas á saberlo.
- RIC. Es el ópio oriental transformado al uso de Occidente; es la grosera embriaguez del vino idealizada por el hombre elegante... un cigarro... uno bueno!.. es un amigo siempre pronto, el fénix de los amigos, que renace siempre de sus cenizas...
- LUISA. Oh! habla V. de él como cierto poeta académico.
- RIC. Es que es preciso que aprecie V. el valor de

mi holocausto. Está uno encerrado en su solitario gabinete, tendido en un sofá... el silencio le rodea en el exterior, casi las tinieblas en el interior, con un oleoso cigarro en la boca! Indolente y contemplativo, se vé desarrollar y tomar cuerpo en azuladas espirales de humo, todos los sueños, todas las aspiraciones de que el alma está llena; allí está la mujer adorada, la deseada posición. Se posee la una y la otra... uno es amado... casado, embajador... Y cuando el cigarro se ha consumido, entonces cae uno en la vida real para conocer que de tantas ilusiones y fascinadores sueños, no quedan más que cenizas y...

LUISA. Y mal olor!

RIC. No diré que nó!

LUISA. Pero, basta de bromas! Va V, á dejarme vestir... (Llamando.) Celestina. (A Ricardo) No pido más que una hora...

RIC. Hora y media! Conozco á la mujer, mejor que otro académico y severo catedrático. Pero no importa! Me quedaré por ahí en la sala con mis dulces aspiraciones, mis esperanzas y la *Correspondencia* de esta noche.

LUISA. De ninguna manera; está V. libre! Basta con que esté V. aquí á las diez.

RIC. Pero, sin embargo...

LUISA. (A Celestina que entra.) Acompaña hasta la puerta á este caballero.

CEL. Bien, señora.

RIC. Lisonjera familiaridad! Esto es delicioso! Señora, parto como un cohete; pero vuelvo con la velocidad de un relámpago (Sale corriendo por la derecha.)

ESCENA VII.

LUISA, CELESTINA

LUISA. Vamos, Celestina, ven á hacer mi *toilette*. Echa la llave. (Celestina echa la llave á la puerta de la derecha y se adelanta hácia el lavabo.) Qué perillan tan tuno. Con qué aplomo ha escamoteado este palco! Solamente que el escamoteo, que queria hacer pasar siendo su causa el amor, no era sino una especulacion conmigo. Un cálculo de ambicion y de fortuna! (Se sienta delante del lavabo.) Y despues de todo quizá salga bien con su empresa. Con ese carácter no se asciende mucho; pero se trepa... y Ricardo me parece una de tantas ardillas. Lo que importa es no servirle de escalon; pero esto no es razon para rehusar el palco. (Se oye la campanilla.) Otra vez, Celestina, dí que no estoy en casa para nadie! Para nadie, oyes?

CEL. (Yendo á la puerta de la derecha.) Si, señora (El criado llama.)
Quién es?

CRIADO. (Desde fuera.) D. Enrique Guevara pregunta si la señora quiere recibirle.

CEL. D. Enrique, señora.

LUISA. (Muy conmovida.) Enrique? Dios mio! Pero voy á vestirme... estoy desconsolada... es imposible dejarle entrar!

CEL. Un ciego... hace poco decia V. que era muy cómodo recibirle.

LUISA. (Despues de vacilar.) Es verdad, sí, puede entrar.

CEL. Voy á conducirle. (Sale.)

LUISA. Ese buen Enrique!... Me siento conmovida á la idea de volverle á ver! Creo que le amo!

(Se mira al espejo y se arregla los cabellos, despues se detiene.)

**Toma... un ciego... no habia caido en ello.
Lo que es la costumbre!**

ESCENA VIII.

LUISA, CELESTINA y ENRIQUE.

CEL. (Trayendo á Enrique por la mano.) **Cuidado, caballero...
despacio!**

ENR. (Soltándose.) **Gracias. Puedo solo...**

CEL. **No, que va V. á tropezar!**

LUISA. (Dirigiéndose á él.) **Guevara, amigo mio. Cuánto me
alegro volver á verle!**

ENR. **Y yo qué he de decir? Si supiese V. .**

CEL. (Aparte.) **Estos ciegos tienen un amor propio.**

LUISA. **Acababa de decir que no estaba en casa para
nadie; pero para V. siempre estoy, que-
rido amigo! No puede V. incomodarme... des-
graciadamente! Y hablando puedo al mismo
tiempo hacer mi... *toilette*. (Se dirigen ella y Celestina
á la chimenea.)**

ENR. (Á parte á la izquierda del proscenio.) **Su *toilette*? Demonio!
Si se me recibe como ciego, es un cargo de
conciencia!...**

LUISA. (Á Celestina, y sentándose en el sofá.) **Coloquémosle aquí,
en su asiento habitual.**

ENR. (Aparte.) **No puedo abandonarla tan pronto, para
ser la primera vez que tengo la dicha de verla.
Además, hasta ahora al menos no es muy pi-
cante... y si el peligro se acerca, me mar-
charé... valientemente.**

LUISA. (Viniendo hácia Enrique.) **Déme V. su mano. (Sus mira-
das se encuentran y Luisa lanza un grito.) Ah!**

- ENR. Qué tiene V.?
- LUISA. Es particular, me parece que no es V. el mismo!
- ENR. Cómo, cree V.?...
- LUISA. Y si no supiera que eso ojos tan abiertos no ven...
- ENR. Qué?
- LUISA. Creería que me estaban viendo.
- ENR. Eso creería V.?
- LUISA. (Tomando su mano izquierda y llevándole á la chimenea.) Pero venga V...
- ENR. (Aparte.) Dejémosla obrar.
- LUISA. (Deteniéndole en el sofá.) Siéntese V. aquí.
- ENR. (Fingiéndose ciego.) Aquí? Puedo sentarme aquí?
- LUISA. Sí, muy bien. (Ella se apoya en la chimenea y le mira.) Amigo, de dónde viene V., que hace un siglo que no le veo?
- ENR. Vengo de las orillas del Rhin... un magnífico país!
- LUISA. Sí, un magnífico país. (Aparte, yendo al tocador.) Para los que pueden admirarle. Pobre muchacho! Vamos, Celestina, trae el quinqué. (Celestina coge el quinqué del velador, y lo coloca sobre el lavabo.)
- ENR. (Aparte.) Qué bella es! Más bella aún que la habia soñado mi ilusion.
- LUISA. Y qué iba V. á hacer al Rhin? Beber vino? Tentar el juego de la casualidad? Un duelo de ciegos entre la fortuna y V.?
- ENR. Precisamente.
- LUISA. Y ha perdido V.?
- ENR. Al contrario; he ganado.
- LUISA. Bá!
- ENR. Sí, he ganado... la partida que iba á jugar!
- LUISA. Con qué tono lo dice V.! Ya caigo: Clara hacia

el mismo viaje... y probablemente se habrán ustedes encontrado.

ENR. Clara?

LUISA. Es el recuerdo de ese encuentro... ó la dicha de volverla á encontrar en Madrid lo que le tiene tan satisfecho? No responde V.?

ENR. Sí... hablaré porque precisamente he venido para eso; pero ahora tengo menos prisa, me encuentro tan bien aquí... Me conviene hacer lánguida la situación!

LUISA. (Ocupada en su peinado.) Como V. quiera. Para mí lo principal es verle feliz.

ENR. (Mirándola con satisfaccion.) Lo soy!.. sin embargo de haber sufrido tanto. Pero hoy puedo hacer lo que el viajero hace despues de haber pasado milagrosamente un precipicio; se vuelve, mira el peligro, y da gracias á Dios por haberle salvado!

LUISA. Pobre amigo! Cuántas veces le he compadecido! No ver más á la mujer amada!

ENR. No ver á la que se ama.

LUISA. Pero se la tiene frecuentemente en la imaginacion, no es verdad? A menudo debe habérselo preguntado á V. Clara. Los rasgos de la mujer amada nunca se borran de la memoria. Habla y uno los encuentra en sí mismo. Y sabe V. que es una ventaja para ella? Pensar que no tiene que temer nada al tiempo. Su imágen quedará siempre jóven y bella! Es como un bucle de cabellos tiernamente dado en la juventud; la cabeza que los ha llevado podrá envejecer... los cabellos no blanquearán.

ENR. Sí, la vista de la memoria, más fiel á veces que el corazon...

LUISA. Cómo?

ENR. (De pié y apoyado en la chimenea.) No lo he dicho ya? El mayor perjuicio de mi desastre fué, sobre todo, no poder ver ya más esa naturaleza que procuraba reproducir en mis cuadros; esos espectáculos que acababan de aparecer más extraños y radiantes para confundirse bruscamente en mis eternas tinieblas.

LUISA. (Poniéndose sus joyas.) Sí, el Nilo... sus pueblos árabes...

ENR. Haber entrevisto todo esto... acercarse el momento de poseerlas y poder fijarlas... y perderlo todo. (Descendiendo poco á poco al proscenio, hablando, mientras que Luisa se vuelve para escuchar.) Una noche que nuestro bote navegaba contra la corriente del rio, me habia acostado lleno de alegría y embriagado de luz. La víspera, mi ávida mirada habia contemplado el inmenso horizonte, los caprichos de una vejetacion desconocida, los gigantescos monumentos que no han podido sumergir las olas de arena donde fué tragado el ejército de Cambyzes y que sepultaron á Cleopatra! Conmovido de admiracion, gozoso por tantos nuevos objetos ofrecidos á mi paleta, me quedé dormido, soñando con ello!... Al dia siguiente, abro los ojos... Què me sucede? Una cosa imposible de comprender, y que me espanta! El calor del dia me envuelve, me rodea... abrasa mi frente... El dia brilla para todos, no lo puedo dudar... y para mi es oscura noche!... Mi pecho exhala un grito... corren á socorrerme... me hablan... estiendo los brazos... siento... toco... no veo á los que oigo! Ciego, estaba ciego!!!

LUISA. (Pronta á arrojarle á él.) Enrique!

ENR. Comprende V. mi desesperacion!... Yo, que con ahinco queria apoderarme de las imágenes de fugitivas estaciones, de caprichos celestes, de combates de luz y sombra; yo que me embriagaba en el espacio como el águila, y cual el leon me arrodillaba ante los brillantes resplandores de una puesta del sol... era violentamente arrancado de las contemplaciones del mundo!

LUISA. (Corriendo á él, y tomándole una mano.) Y ni una mano amiga para estrechar la de V.!

ENR. No; estaba solo, y solo y ciego tuve qué animarme para tener valor y resignacion! Lo que agovia, enaltece más! Habia perdido la realidad, la imaginacion vino á mi socorro!... La víspera era pintor con mi paleta y colores? Lo llegué á ser con mis recuerdos! Oh! Qué brillantes cuadros pintaba en mi frente! Qué maravillosos puntos de vista vinieron á fijarse en la cámara oscura de mis cerrados párpados! Y así resignado, ó más bien sostenido por una secreta esperanza, decía entre mí: que si mis ojos vieran de nuevo la luz, si mi mano pudiera volver á coger los pinceles, esa larga meditacion en la oscuridad, no hubiera quizá dañado ni mi corazon, ni mi pobre talento...

LUISA. Diga V. más bien su gran génio, amigo mio...

ENR. Pero cuán locos son estos sueños de ambicioso artista! Otras veces habia creido que la felicidad estaba en un rayo de gloria... Ciego y un poco menos ignorante, conocí que mi felicidad no consistia más que en un rayo de luz!...

LUISA. Un rayo de luz!... y nada más? (Insinuándose.)

- ENR. Tiene V. razon ; tambien consistia en el amor ; porque si el amor es ciego , un ciego... bien puede estar enamorado.
- LUISA. Ve V. cómo habia adivinado al verle tan alegre?
- ENR. Estoy alegre? De mejor humor del que tenia antes... antes de mi viaje?
- LUISA. Ciertamente. Hay en su rostro una sonrisa, un cierto brillo que no estoy acostumbrada á ver.
- ENR. Tanto mejor. Pero volvamos al objeto de mi visita. He visto á su tia, y sé por ella que no va V. al Real...
- LUISA. (Levantándose.) Al contrario: voy aunque tarde. (Conduciéndole al sofá.) Siéntese V.
- ENR. (Sentado.) Va V. sola?
- LUISA. No... sola, no.
- ENR. (Animado.) Pues con quien?
- LUISA. (Volviendo al tocador.) Quizá se burle V.; porque veo que mi tia le ha dicho todo... Voy... con D. Ricardo Aguilar.
- ENR. (Alarmado.) Con Aguilar?... Pero la eleccion de semejante caballero creo no tendrá relacion...
- LUISA. Ni la menor relacion: esté V. seguro de ello. Pero pasado el primer momento, he sentido perder la *Norma*, el beneficio, el *perdon* del inimitable *Bellini*, y...
- ENR. Y ha aparecido la mujer débil?
- LUISA. Entonces, Ricardo, delante de quien no habia disimulado mi sentimiento, se puso en guardia con objeto de encontrar un palco.
- ENR. Y como precio de su negociacion ha obtenido el favor de acompañar á V. Revendedor con grau prima!
- LUISA. Bá! En ella gano más que él.

ENR. Gana V. desde luego la conversacion de Ricardo, que duplicará el placer de la ópera.

LUISA. Está V. severo respecto á su conversacion. Ese caballero no se espresa del todo mal. Pero los hombres no son buenos jueces del talento de sus semejantes, así como la mujer no aprecia bajo su verdadero punto de vista la belleza de otra mujer...

ENR. Por lo tanto, confiesa V?

LUISA. Que he hecho mal en aceptar el palco y el brazo del Sr. Aguilar.

ENR. El palco... pásel pero el brazo...

LUISA. En cediéndole á otro... qué quiere V.: el arrepentimiento llega cuando se sabe si se ha obrado mal... y en esto es en lo que se distinguen los séres racionales de los locos, y las personas de talento de las tontas. Así, yo por ejemplo, hago toda clase de locuras, locuras disculpables, por supuesto, y aun estoy dispuesta á hacer una... delante del Vicario lo que es más grave.

ENR. (Con emocion.) Está V. dispuesta á volver á casarse?

LUISA. Sí; lo desaprueba V?

ENR. No: todo depende de la eleccion que haga.

LUISA. La eleccion está hecha, aunque no la proclamo en pleno Real.

ENR. Ah! Y... se puede saber?...

LUISA. Se trata de un hombre grave, que en el mundo me dé el apoyo que necesito.

ENR. Y quién es ese hombre grave?

LUISA. El general, conde de Rio-caliente.

ENR. (Levantándose vivamente y dando algunos pasos.) El general?

LUISA. Cuidado! Dónde va V?

- ENR. (Con esplosion.) El general? Pero si puede ser padre de V.!
- LUISA. No lo cree él así.
- ENR. (Con cólera.) Un viejo! Decididamente las mujeres se sirven de su talento más en provecho de su locura que de su razon.
- LUISA. (Admirada y aparte.) Qué le sucederá?
- ENR. Rio-caliente! Doña Luisa de Liria, trasformada en condesa de Rio-caliente! Esto no tiene sentido comun.
- LUISA. Sr. Guevara!
- ENR. Dispense V... pero he oido decir que ese militar es muy feo.
- LUISA. No tanto: además á fuerza de mirar la fealdad, se acaba por encontrarla un atractivo. El general tiene unos magníficos bigotes.
- ENR. Y V. muy chancero el humor.
- LUISA. Y muy rico... que es un género de belleza.
- ENR. Qué importa eso? No tiene V. una fortuna suficiente?
- LUISA. Lo que llama una fortuna suficiente es siempre un poco más de lo que se posee.
- ENR. No la reconozco á V. calculando!... Ese Rio-caliente!...
- LUISA. Qué motivo hay para encolerizarse así contra el general? Es que antes de ofrecermé sus homenajes, se ha desuncido del carro de Clara? Habla V. de él como un celoso.
- ENR. (Muy conmovido.) Yo celoso? (Se detiene. Pausa.)
- LUISA. Qué! Nada más dice V.?
- ENR. Es que... querria decir algo de más valor que mi silencio.
- LUISA. Vamos, amigo mio, dígame V. lo que le sucede. Hace un momento venia con toda la es-

pansion de la felicidad, y ahora está V. arrebatado y misterioso. Hable V., porque si es Esfinje, confieso que no tengo nada de comun con Edipo: no sé adivinar nada.

ENR. Hay una cosa que la mujer adivina siempre.

LUISA. Cuál?

ENR. El amor que se siente por ella.

LUISA. Nunca he sido puesta á prueba.

ENR. Mire V. bien á su alrededor...

LUISA. Creyendo adivinarlo, puedo ser presuntuosa.

ENR. Y no adivinándolo, puede ser ingrata.

LUISA. (En un arranque.) Enrique! (Pausa. Celestina entra: embarazo y contrariedad en ambos.)

ENR. Cuándo se casa V. con Rio-caliente?

LUISA. El dia que V. se una á Clara.

ENR. (Riéndose.) Pues bien: supongamos que en el mismo dia nos casamos... (Aparte.) Ambos... (Se adelanta con ligereza hácia el velador.)

LUISA. Cuidado, imprudente, que va V. á tropezar!

ENR. Caramba, siempre olvido mi papel. (Aparte.) (Se sienta en la butaca cerca del velador, y dice en voz alta.) Pero los magníficos bigotes del general van á erizarse cuando vea al jóven Aguilar haciendo á V. compañía en el palco.

LUISA. (Pensativa.) Es lo que menos me inquieta.

ENR. Entonces en qué piensa V.

LUISA. Pienso, pienso... (Disimulando.) en mi cuñada. Espero que cuando se casen ustedes la prohibirá que me arrebaté nada.

ENR. Creia que al contrario...

LUISA. Ahora hablo de una guirnalda. (Enrique sonrie.) Los hombres rien ustedes de estas cosas, y no tienen motivo para ello. Felizmente ahora voy

- á hacerla rabiarse, cuando me vea entrar con mi nueva invencion en la cabeza.
- ENR. Su cuñada de V.? Se tienen ustedes una ternura... En la intimidad se adoran, en sociedad se detestan. Por la mañana esconden las uñas; por la noche se enseñan la zarpa.
- LUISA. Yo quiero á Clara lo mismo de dia que de noche, solamente... creo que está celosa de mí.
- ENR. Tiene sus motivos.
- LUISA. (Vivamente) Por qué? Porque tengo dos años menos que ella?
- ENR. Sobre todo, porque tiene V. más talento.
- LUISA. El talento! No hace mucho decia V. que el mio sirve más á mi locura que á mi razon.
- ENR. Entonces, está celosa... Porque es V. más bonita que ella.
- LUISA. Y V. qué sabe?
- ENR. Eso se dice.
- LUISA. (Gozosa.) Eso dicen? Clara tiene más éxito que yo.
- ENR. Exito de tocador; porque es una belleza sin espresion... La nariz casi siempre roja... sobre todo á los postres.
- LUISA. Pero, qué dicen de mí?
- ENR. De V. no necesitan decirme nada. La conozco como si la hubiera visto toda mi vida.
- LUISA. Retrátame V.
- ENR. (Mirándola sorprendido cojer el blanquete.—Aparte.) Qué va á hacer? Cómo, ella tambien! Siendo tan hermosa!
- LUISA. Es V. pintor, y se habrá imaginado un ideal imposible: la Fornarina, la Joconda, la Violante... todas las bellas creaciones de los pinceles enamorados!
- ENR. No: no encontraria ahí ningun ideal para mi

creacion (Aparte.) Divirtámonos un rato. (Alto.) Desde luego la Violante, esa hija de Palma el Viejo, tiene el tinte moreno de una veneciana, mientras que V. al contrario.

LUISA. (Volviéndose con la borla de los polvos de arroz en la mano.)

Y yo?...

ENR. V. es blanca .. como la pelusilla del cisne.

LUISA. (Con un pompon de rojo en la mano.) Y nariz roja no?

ENR. (Riendo,) Si V. quiere, sí. (Mientras que Luisa toma un pincel y se arregla las cejas.) En cuanto á la Joconda, esa obra maestra de Leonard, se parece menos aún... porque aquella no tiene cejas, (Luisa se detiene con el pincel en el aire.) mientras que las de V. parecen estar dibujadas con el delicado pincel de un Chino!

LUISA. Es verdad? Qué gracioso! (Dejando el pincel.)

ENR. Y respecto de la Fornarina no sé si Rafael la encontró los hermosos cabellos que dicen caen en inverosímiles rizos sobre las espaldas de V.

LUISA. Inverosímiles!

ENR. Pero añaden, que si Diana hubiera tenido una cabellera tan admirable, hubiera podido hacer con ella una magnífica capa para cubrirse de las indiscretas miradas del cazador Acteon.

LUISA. (Poniendo todos los utensilios en un cofrecito.) Pobre Enrique! Cómo han abusado de su buena fé!... Si le oyese á V. Clara!

ENR. No me hable V. más de Clara!

LUISA. Cómo! Me he engañado? No es ella la causa de esa alegría?

ENR. (Amargamente.) Cree V. que Clara podia continuar amándome.

LUISA. (Vuelta hacia Enrique.) Qué dice V.! Qué papel más dulce y más noble que el que la ofrecia su

- desgracia! Ser la mirada de V., la compañera de su inteligencia! Como la hubiese V. adorado! Cuánto la hubieran admirado por su sacrificio!... Qué digo?... ese sacrificio hubiera sido la felicidad!
- ENR.** (Transportado.) Cómo! Mi desgracia no la hubiera detenido á V.?..
- LUISA.** Detenido? Me hubiera atraído.
- ENR.** (Con pasión.) Oh! entonces...

ESCENA IX.

DICHOS, CELESTINA y RICARDO.

- RIC.** (Fuera de la puerta de la derecha.) Luisa! Soy yo, hija!
- LUISA.** Las diez ya? Justo: viene á buscarme.
- ENR.** (Pasando á la izquierda) Llévelo el diablo!
- RIC.** (Golpeando á la puerta.) Luisa, está V. ya?
- LUISA.** Dentro de un momento (Aparte.) Qué llegada tan intempestiva! Celestina, mi vestido?
- CEL.** En su cuarto de V., señora.
- RIC.** (Golpeando aún.) Luisa?
- LUISA.** Al momento acabo. (A Enrique) Amigo mio, reciba V. á Ricardo, y no le maltrate mucho... le debo el palco.
- ENR.** Si quiere V. voy á pagarle...
- LUISA.** Ya empezamos? (A Celestina) Hazle entrar y ven al momento. (Sale por la izquierda.)
- ENR.** (Aparte dirigiéndose á la chimenea.) Esa emocion!... No lo dudo; me ha comprendido. (Celestina abre á Ricardo y entra en el cuarto de la izquierda.)

ESCENA X.

ENRIQUE, RICARDO.

- RIC.** Ya estoy aquí, Luisa. (Buscándola y bajando á la izquierda)

del proscenio.) pronto á gozar de la dicha, del honor... Donde se ha marchado? Este gabinete está en desórden... creia... (Admirado de no ver á Luisa, se pone los lentes y apercibe á Enrique que está apoyado en la chimenea.) Cómo! Aquí un hombre? Ah! será el peluquero!

ENR. (Con dignidad.) D. Enrique Guevara, señor mio!

RIC. Señor Guevara... (Aparte.) En este gabinete, testigo de estos aprestos... Ah! olvidaba que está ciego. (Alto.) Ha venido V. ya á Madrid?

ENR. Sí, creo que sí. Le contraria en algo mi venida?

RIC. A mi? En nada absolutamente! Pero la sorpresa... Dispense V. caballero, la señora de Liria?

ENR. Al oír gente ha entrado en ese cuarto.

RIC. Comprendo... la he asustado (Yendo á la puerta de la izquierda y gritando.) Luisita, *Bettini*...

LUISA. (Dentro.) Qué hay?

RIC. Nada. El telon está levantado hace tiempo. Está usted pronta?

LUISA. Al instante. Diga V. al Sr. Guevara que le dé conversacion.

RIC. Que diga al Sr. Guevara. Pasa á la derecha examínadle con los lentes, quien está de pié y siempre impasible recostado en la chimenea. La Sra. de Liria me suplica... me suplica, que me dé V. conversacion.

ENR. La señora de Liria le suplica que... Bien, empiece usted!

RIC. Que empiece yo? (Aparte.) Seria necesario un objeto... (Alto.) Caballero, creo que este invierno va á ser muy dulce... muy dulce.

ENR. (Con altivez.) Tanto mejor!

RIC. Es decir, tanto peor; porque un poco frio no daña á la cosecha.

- ENR. Tanto peor para la cosecha.
- RIC. *(Aparte.)* Caramba! Esto no tiene trazas de empezar. Seria necesario encontrar alguna cosa más... política ó personal. Ah! ya está aquí! *(Alto.)* Cuando entré y ví á V. aquí, le tuve envidia; pero reflexionando le tengo compasion, porque Luisa es muy bella!
- ENR. Conozco su belleza.
- RIC. Cómo! Sabe?... *(Alto.)* Sí, le habrán dicho... comprendo. Asistir al tocado de las damas es un dulce privilegio... que yo querria tener aunque no fuera ciego.
- ENR. Sí; frecuentemente es un privilegio no ver á las personas; pero queda uno espuesto á oirlas...
- RIC. Caballero, la observacion me hiere... es decir, si la comprendo, porque está un poco oscura!

ESCEÑA XI Y ÚLTIMA.

LUISA, CELESTINA, ENRIQUE, RICARDO.

- LUISA. *(De gran tocado.)* Ya estoy vestida. *(Se pone los guantes.)*
Buenas noches.
- RIC. Caramba! Qué hermosa está V.! Estoy orgulloso al ofrecerla mi brazo. Vengo del Real y está admirable!
- LUISA. Há visto V. á mi cuñada?
- RIC. Sí; muy vestida y con una gran guirnalda en la cabeza... que ha hecho efecto. Su palco está tan lleno de gente como lo están los ómnibus diez minutos antes de una corrida de toros.
- ENR. Más tacto, D. Ricardo; hable V. con más talento.

- RIC. Se hace lo que se puede, caballero.
- ENR. Se conoce en lo que oigo.
- LUISA. Estará magnífico el teatro?
- RIC. Toda la aristocr cia de Madrid; todas las elegancias que conozco.
- LUISA. Voy   dejar estupefacta   mi cuñada (A Celestina.)
Que avance el coche. (Bajo   Enrique.) Enrique, me parece que podía V. venir con nosotros...
Hablaemos del negocio de Rio-caliente.
- ENR. Preferiria decir   V. el objeto de mi viaje   Alemania.
- LUISA. Bien: d galo V. pronto.
- ENR. Vengo de Heidelberg.
- LUISA. Ah!
- RIC. Heidelberg! Un castillo soberbio, edificado por..
no importa quien. Ya le he visto.
- ENR. Yo tambien.
- RIC. Usted?
- ENR. S .
- RIC. En su imaginacion. Como un castillo en el aire?
- LUISA. (Inquieta.) Y por qué ese viaje   Heidelberg?
- ENR. Para ver al doctor *Chelino*.
- LUISA. Al famoso oculista de la Universidad?
- RIC. Una consulta?
- ENR. Una operacion.
- LUISA. Quería V. operarse?
- RIC. De qué?
- ENR. (Avanzando hácia Luisa y bes ndola la mano.) No comprende usted?
- LUISA. (Asu tada.) Cómo?
- RIC. (Más fuerte.) Cómo?
- ENR. (Mirándola fija y tiernamente.) S !
- CEL. Ah! (Enrique se vuelve   Ricardo, el cual le mira fijamente con los lentes puestos.)

LUISA. (Cortada.) Ha visto V.?..

ENR. He visto... el castillo!

LUISA. (Dejándose caer en una butaca.) Ah! Celestina?

CEL. Señora?

LUISA. (Bajo á Celestina.) El penacho de cisne... el pincel chino... todo, todo lo ha visto!

CEL. (Con un gesto desesperado.) Oh! Sí, señora.

RIC. Qué bueno es esto!... Pero son más de las diez... y...

ENR. Corria alegremente á decírselo á V. y á verla. Pero desde el primer momento, se me ha detenido...

RIC. (Ofreciendo el brazo.) Luisa, la hora avanza...

LUISA. (Con resolucion.) No voy al Real!

RIC. Eh?

LUISA. No: me quedo.

RIC. (Con inquietud.) Pero, señora, me habia V. prometido... y he anunciado á todos mis amigos que tendria el honor...

LUISA. (Con fastidio.) D. Ricardo, V. no puede comprender lo delicado de la situacion...

RIC. (Agitado nerviosamente.) Permítame V.... Qué hay aquí de delicado? El Sr. de Guevara no veia... ahora vé... me alegro de ello. Pero ya adivino! (Abotonándose la levita, y avanzando hácia Enrique.) Puesto que veia bien... no tenia el derecho de asistír... de ver los preparativos.

ENR. (Con dignidad.) Caballero, era dueño de detenerme ante una falta de delicadeza!

RIC. Ah! si es así... (Desabotonándose.) Bien, muy bien! (A Luisa.) Esto en nada altera nuestros proyectos.

LUISA. Nuestros proyectos?... es mucho decir!

RIC. Y además, quizá el Sr. Guevara no vea completamente.

ENR. Dispense V!...

RIC. Sí; pero de lejos?

ENR. A venticinco pasos.

RIC. De veras? (A Luisa.) Pero el tiempo pasa y si usted quiere causar una sorpresa agradable á su tia...

LUISA. (A sí misma.) Mi tia? Qué idea! Quería conocer esta noche mi elecciou... la suerte ha decidido de ella y tambien de mi corazon. (Alto.) Celestina, mi abrigo.

RIC. (Adelantando el brazo.) Señora...

LUISA: Dispense V! Pero el único caballero que ahora puedo yo aceptar, es...

RIC, Es?

LUISA. Mi marido.

RIC. Precisamente... héme aquí!

LUISA. (Dirigiéndose á Enrique.) Enrique... me dá V. el brazo?

ENR. (Con arrebató.) Ah! querida Luisa

RIC. Cómo! Qué dice V? Es otro... él es quien.. Despues de tantos sacrificios por mi parte!...

LUISA. Sacrificios? Ah! es verdad! Debo resarcirle á usted. Mira, Celestina, entre los objetos destinados á la rifa de beneficencia, hay un alfiletero inglés. (Celestina toma un alfiletero grande del mueble situado en la parte izquierda del fondo y se le dá á su señora.)

RIC. Cómo! Un alfiletero!

LUISA. Acepte V. mi ofrecimiento. Le levanta á V. la pena de sus votos.

RIC. (Que ha tomado el alfiletero.) Una petaca!

LUISA. Llena: es el símbolo de su libertad.

RIC. Así, señora, ese consulado... quiero decir, ese palco conquistado con tanto trabajo (Toma un cigarro y le enciende.) Parece bueno!

ENR. Pero qué vá á decir su tia de V? Ella que so-
ñaba con un Mariscal de Campo.

LUISA. Se consolará. (Volviéndose á Ricardo.) Acepta V. un
asiento en su palco?

RIC. Mil gracias, señora. Iré á procurar que re-
nazcan mis ilusiones casi destruidas, mis sue-
ños evaporados... Voy á fumar al Casino.

LUISA. Enrique, que esperamos?

ENR. Una palmada.

FIN.

